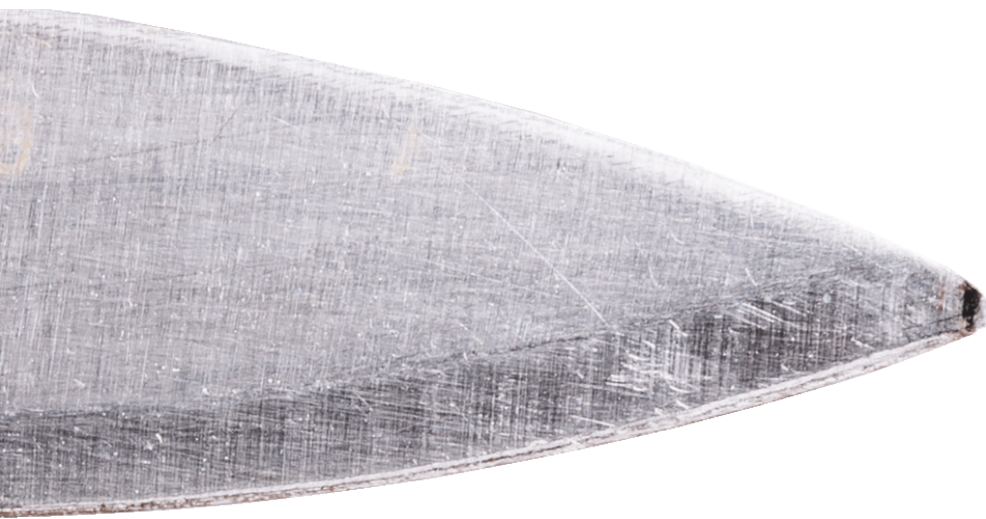


Pollos

Pamela Flores



Un doble pitido anuncia la puesta en marcha del tren que conecta los suburbios con la ciudad. Jacobo está seguro de no haberlo escuchado todavía. El tren sigue estacionado. Aún tiene tiempo, se encuentra a mitad del terreno por el que suele cortar camino: un centenar de metros más y alcanzará la entrada. El sendero le parece menos iluminado que de costumbre. Tal vez la potencia de las lámparas de la estación es más baja esta mañana o, quizá, sólo le falla la visión por su debilidad. Se tranquiliza, conoce de memoria el recorrido: para andar el último trecho, sólo necesita seguir la vereda por el enrejado que rodea el baldío.

Su malestar aumenta. Camina lento. Con la mano derecha se sostiene de la reja y con la izquierda aprieta el sitio de donde le nace el dolor. Da un paso y cierra los ojos. Recuerda que de niño tenía un elefante de lana, lo llamaba Bululu. Cuando sentía miedo, apretaba a Bululu contra su pecho, bajaba los párpados y lloraba en silencio; se quedaba así, apretujado contra sí mismo, hasta que alguno de sus padres llegaba a consolarlo.

Jacobo desea sentir aquel alivio de su infancia, pero abre los ojos y continúa en el mismo sitio, aferrado únicamente a los rombos de alambre oxidado. Los fragmentos de herrumbre y de pintura se le adhieren a

los dedos, como alguna vez lo hizo la comida de los pollos muertos que vendía su padre. A él también lo recuerda.

No deseaba otra cosa más que imitarlo. Lo miraba mientras partía pollos debajo de una lona raída y le sorprendía su agilidad para utilizar las tijeras. Lo obedecía sin protestar, su padre terminaba de atender a los clientes y lo instruía en el oficio. Sacaba de un tirón al pollo remojado en la tina, lo colocaba en la mesa, panza arriba, con las patas hacia el mandil. Ponía la mano sobre el ave y jalaba cada uno de los muslos del animal hasta que la piel se desgarraba y la extremidad quedaba separada del cuerpo; tomaba las tijeras, cortaba la piel cerca del ano y quebraba la unión entre la quilla y la cola. Jacobo observaba y reproducía los movimientos. Lo que más le gustaba era enterrar el dedo índice y el medio en el pescuezo para jalar el esófago hasta sacar el buche: un diminuto saco granuloso con el que sus dedos jugueteaban. Lo apretaba fuerte, el cuero reventaba y su contenido se esparcía entre sus dedos. Se sentía igual que el óxido en la reja.

Jacobo se pregunta si de haberse quedado en el negocio de los pollos su suerte habría sido distinta. Antes, nunca le incomodó la idea de ser pollero, hasta le gustaba ser el chalán de su papá, pero después las cosas fueron distintas.

En la secundaria lo apodaban El Pollos. En una ocasión, le llenaron la mochila con cueros y mollejas. Todos en el salón habían reído. Jacobo soportó el escarnio en silencio. Su amiga Cecilia lo miraba desde el fondo del salón, enrojecida, como si cargara con la culpa de todo el grupo. Después de aquella broma, Jacobo deseó no volver a clases. Dejó de hablar con sus compañeros, incluso con Ceci, y fingía no escuchar cada vez que le gritaban desde lejos: “¡Ahí viene El Pollos!”; o si las chicas se acercaban y decían:

— Guácala, por aquí apesta a mollejas.

En la secundaria lo apodaban El Pollos. En una ocasión, le llenaron la mochila con cueros y mollejas. Todos en el salón habían reído. Jacobo soportó el escarnio en silencio. Su amiga Cecilia lo miraba desde el fondo del salón, enrojecida, como si cargara con la culpa de todo el grupo.

La oportunidad de escabullirse de la escuela no tardó en llegar: su padre enfermó. Fue la salida perfecta. No volvió a ver a sus compañeros salvo cuando cruzaban frente al puesto, pero entonces bastaba evitarlos mirando a otro lado. Jacobo se habituó a la rutina y, paulatinamente, fue olvidando los episodios humillantes.

Año tras año, amontonó piernas, muslos y pechugas. No se dio cuenta de cómo pasó el tiempo, hasta el día en que Ceci llegó al puesto. Bajó de un auto viejo, Jacobo la reconoció enseguida. Le sonrió, pensó que ella lo recordaría, pero Cecilia sólo hizo una mueca ante el gesto amable del pollero. Jacobo estuvo a punto de decirle que era él, su amigo de la secundaria, pero se detuvo. Un hombre

descendió del auto, se colocó a un lado de ella y la abrazó por la cintura. Tomaron la bolsa con el pollo y se marcharon.

Jacobo se sintió extraño. Todo el día pensó en Ceci y en el hombre que la acompañaba. Quizás después de haber abandonado la escuela, ella no volvió a recordarlo; mientras que él, lo único que guardaba en la memoria era el rostro de Cecilia. Un par de veces la vio pasar en la acera de enfrente. Creía que Ceci iba apresurada y por eso no miraba al otro lado, donde él tenía su puesto. Imaginaba que un día ella volvería el rostro, cruzaría la calle para saludarlo y se harían amigos nuevamente. Después de un tiempo se habrían casado y, no mucho después, ella le diría de su embarazo. Jacobo sacaría a Bululu de donde lo guardaba y se lo daría como primer regalo a su hijo. El día de la visita de Ceci, se dio cuenta de que todo aquello no era más que una fantasía.

Los días en el puesto se volvieron pesados. Por la mañana lo saludaban — Buen día, Jacobo —. Y Jacobo respondía sonriente — Buenos días —. Un par de horas más tarde, la misma persona iba de regreso y repetía el gesto — ¡Jacobos! —. Éste contestaba con un chiflido. En la tarde — ¡Ése mi Jacobito! — Y él sólo levantaba la mano. La misma

persona podía caminar frente al puesto unas cinco o seis veces. La vida se movía en círculos.

Las imágenes de la gente y los ecos de sus voces comenzaron a aturdirlo, lo perseguían a todas partes. En sus sueños, se veía solo en el puesto, llegaban a hacerle un pedido — Un kilo de pierna, por favor —. Otra persona más lo llamaba desde la otra acera. Una tercera interrumpía su respuesta — Dame cinco kilos de maciza, pero ya—. Después, una cuarta lo distraía — Tres kilos aplanados —; y una quinta — Cincuenta kilos de surtida, para ahorita, llevo prisa —. En unos segundos, eran cientos de kilos los que tenía que despachar. No podía distraerse, pasaba de un movimiento a otro: partir, cortar, pesar, aplanar, cortar, pesar, aplanar, cortar. No sabía qué hacer. Todos le pedían algo al mismo tiempo. El puesto se llenaba de clientes y la calle de gente ansiosa por hablarle. Formaba montones de piezas, se las llevaban y, de inmediato, le pedían más. Nunca terminaba. Salía corriendo. El novio de Cecilia comenzaba a perseguirlo: era enorme y llevaba unas tijeras en la mano; lo tomaba por los pies, lo ponía sobre una mesa y lo sujetaba con una mano, con la otra le pasaba la punta de las tijeras por el cuerpo. Gritaba — ¡Miren al Pollos! —. Sus antiguos compañeros rodeaban la mesa sobre la que estaba y se reían junto con el novio de Cecilia. A ella la veía al fondo, también reía. Jacobo despertaba aterrado. No quería morir debajo de la lona raída.

No pudo sacarse el sueño de la cabeza. Pronto se decidió a abandonar el puesto. Buscó empleo en distintos lugares. Casi no hallaba opciones, lo único que sabía hacer era partir pollos. Encontró trabajo en una fábrica de dulces. Le dieron el primer turno. Durante ocho horas revisaba las bandas por las que corrían las paletas, se encargaba de inspeccionar que estuvieran bien hechas: del mismo tamaño y con el palito sin quebrar. Para que no hubiera errores, escrutaba con las manos los montones de dulces. Le dolían los brazos y constantemente tenía náuseas. El olor de los pollos nunca le había molestado. En cambio ahí, debía aspirar el



caramelo todo el tiempo. A veces quería sentarse un rato para descansar, pero no podía descuidar la banda. Comenzó a odiar los dulces y el color carmín. Extrañaba el puesto, era peor mirar sólo paletas durante horas que saludar todos los días a las mismas personas.

Ahora Jacobo se siente muy mal, piensa que podría levantar su negocio otra vez, los clientes lo conocen desde niño y volverán a comprarle sus pollos sin problemas. Tal vez reabra el puesto este mismo día, si consigue llegar a la entrada. Le cuesta trabajo concentrarse para avanzar. Le gustaría saber en qué momento se vino abajo todo. Y es que las cosas habían ocurrido tan rápido: la visita de Cecilia, las pesadillas, su nuevo empleo, las paletas sobre la banda, las mañanas por el baldío y, sobre todo, aquel grito de que ya lo había cargado la chingada. Le esculcaron las bolsas, traía la tarjeta del transporte y unos pesos sueltos. Lo golpearon y, después, vino la punzada en el abdomen y la figura de un hombre que se alejó corriendo. Jacobo piensa que la puerta ya no debe estar tan lejos, la luz es cada vez más intensa. Mira hacia abajo: tiene la piel reventada y la sangre lo vuelve del color de las paletas. Escucha el doble pitido del tren y comienza a llorar, como cuando era un niño.